

Dejaron las redes y lo siguieron

III Domingo del T. Ordinario. Ciclo A

Is 9,1-4; Sal 26,1.4.13-14; 1 Cor 1,10-13.17; Jn 4,12-23

«Al oír que habían arrestado a Juan, Jesús se retiró a Galilea. Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en el territorio de Zabulón y Neftalí. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Isaías: «País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló»

Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos. Paseando junto al lago de Galilea vio a dos hombres, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, su hermano, echando la red en el mar, pues eran pescadores. Les dijo: Venid conmigo y os haré pescadores de hombres. Al instante, dejaron las redes y lo siguieron».

Lectura del Profeta Isaías: *«En otro tiempo el Señor humilló el país de Zabulón y el país de Neftalí; ahora ensalzará el camino del mar, al otro lado del Jordán, la Galilea de los gentiles. El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló»*

El texto es un canto a la paz y a Dios, su autor. Ensalza el nacimiento de un rey humano, pero, al mismo tiempo, es uno de los relatos mesiánicos más significativos del A. T.

En el 733 a. C., el rey asirio Tiglat-Pileser III se apoderó de algunos territorios de Samaría y los anexionó a su imperio. Parece que el Señor ha abandonado a su pueblo, que sufre la humillación, apuntada por Isaías (caps. 7-8). Pero el abandono no es definitivo, siempre queda un resquicio abierto a la esperanza y a la salvación (cfr. Gn 1-12; Is 10,33-11,8).

A las tinieblas y sombras, se contraponen la luz que evoca la presencia liberadora del Señor (Is 10,17; 60; Sal 27,1). Y resuena un canto de gozo y alegría. El motivo está en que la opresión ha terminado y viene la liberación. El Señor otorgará la victoria duradera, la guerra no vendrá más, porque nos ha nacido un niño. Israel vivirá en paz bajo el cetro de este nuevo David. El profeta anuncia su salvación. Los caminos de Dios son inescrutables, brilla su misericordia y su gracia. La salvación de Dios, "sol de justicia", "luz grande" que verá el pueblo esclavizado es la presencia de Dios que viene a protegerlo y salvarlo. Los asirios lo abrumaron con tributos, trataron a los hijos de Israel como animales de carga. Pero la verdadera luz está por llegar, cuando aparezca Jesús de Nazaret comenzará a brillar con resplandor indeleble.

El mundo actual vive también en tinieblas y sombras; la oscuridad se extiende, negra niebla envuelve de injusticia desde el Norte al Sur, del Este y al Oeste; humillados y vejados se ven los países subdesarrollados por las ambiciones y olvidos de los poderosos y por los pueblos más avanzados e instalados en la riqueza que acaparan, mientras oprimen y esclavizan a los económicamente más débiles. La oscuridad total no deja brillar los derechos humanos, ocultos y pisoteados por las relaciones interesadas e inhumanas. Noche cerrada se cierne en el futuro de los hijos, de los parados, de los hambrientos por la falta de ética de los dirigentes políticos y religiosos. Nuestro mundo sueña con la paz, con la luz que ilumine las tinieblas. Isaías sueña con un niño, que ha de ser el Mesías, como señala el

Evangelio de hoy. La persona de Jesús, su mensaje vivido, pueden disipar todas las tinieblas.

El texto muestra una comunidad que vive y recoge su historia interpretándola a la luz de la fe. El binomio luz-tinieblas no encierra un dualismo puramente antropológico y ético, sino que designa sobre todo la salvación y la perdición. Y por otra parte, apunta que el momento mesiánico es la paz, que trae el Príncipe, Emanuel. Pero esa paz no es mera tranquilidad, sino que incluye también la justicia, su fruto esencial (Is 32,17). Los componentes utópicos de este concepto residen en que no se puede instalar la paz internacional, mientras, cambiando las estructuras injustas de poder y de dominio, no se instaure la justicia. En la visión bíblico-isaiana, no se consigue la paz por el simple hecho de proscribir la guerra. De nada sirven los argumentos contra la guerra, si no se conoce la paz y cómo es la paz. Estriba en la justicia, en el justo reparto de los bienes, en atender y amar a los otros, en darse al prójimo. Emanuel prefigura a Jesús, que es «Nuestra Paz» (Ef 2,14).

El salmo responsorial: *«El Señor es mi luz y mi salvación; ¿a quién temeré?*

El Señor es la defensa de mi vida; ¿quién me hará temblar? Una cosa pido al Señor, eso buscaré: habitar en la casa del Señor por todos los días de mi vida... Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor».

San Pablo a los Corintios dice: *«Hermanos: Os ruego en nombre de nuestro Señor*

Jesucristo: poneos de acuerdo y no andéis divididos. Estad bien unidos con un mismo pensar y sentir. Hermanos, me he enterado por los de Cloe de que hay discordias entre vosotros. Y por eso os hablo así, porque andáis divididos diciendo: «Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo soy de Pedro, yo soy de Cristo.» ¿Está dividido Cristo? ¿Ha muerto Pablo en la cruz por vosotros? ¿Habéis sido bautizados en nombre de Pablo? No me envió Cristo a bautizar, sino a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo».

El Apóstol exhorta a los corintios a la unidad. No pueden andar entre divisiones en la iglesia. Aquella comunidad padece el mal enorme del espíritu partidista que la divide en grupos rivales y celosos. Es una amenaza para toda comunidad cristiana. Hay quienes se cierran y no comprenden el mensaje de Cristo, no descubren los caminos, para encontrarlo; asirse con sectarismo a un jefe de filas, lanzar el anatema contra otras formas de expresión de la fe, es monopolizar en falso el nombre de Cristo, es desfigurar el Evangelio y es insultar a Cristo, muerto, para entroncar y unir en sí a todos los hombres. No poseemos nosotros el Evangelio, él nos posee. La expresión de la fe tiene diversas formas, pero la salvación es única: La cruz de Cristo.

San Pablo rechaza esos grupos que, quizás por influjo de las religiones místicas, actúan entre el iniciador y el iniciado, producen disgregación y divisiones en la joven comunidad de Corinto con el peligro de su desaparición. De ese modo, se quedan excesivamente en los condicionamientos humanos por los cuales han recibido el mensaje no llegan al núcleo: Cristo, que sobrepasa las formas contingentes. Lo fundamental es Jesucristo, la esencia está en el Evangelio. Lo esencial es la adhesión a Cristo, los medios por los que se llega a su conocimiento son superficiales. Así la salvación viene por Cristo y no por otro camino.

También, en la iglesia actual existen divisiones; grupos enfrentados, comunidades parroquiales o diocesanas de carácter popular o integrista, capillitas, cenáculos para iniciados, casas de religiosos, la vida de cada familia, la relación de jóvenes y mayores, de laicos y sacerdotes...; saber que ya en los primeros tiempos existían cosas parecidas indica, efectivamente, que la actualidad no es tan extraña, tan deteriorada, tan nueva. Se vive en la corriente de las iglesias vivas con sus defectos y virtudes. Pero, lo que importa es pasar de la corteza al núcleo: Jesucristo es el centro vital. Se debe poner todo empeño en captar y entrar en la figura del Señor con el pensamiento, cuando nos arrastre la dialéctica de las divisiones y desvíos. Hay que cambiar, dejar todo eso y estar en y con Cristo. Hoy, el

problema interno es la falta de unidad. Las tensiones entre ricos y pobres, entre "fuertes y débiles", entre laicos y piadosos; así es como las tendencias partidistas eclesiales hacen de la comunidad de Corinto un escándalo continuado por la desunión. Ahora, ante el mundo, estamos dando un espectáculo escandaloso: cristianos que creen en el mismo Jesús y, sin embargo, andan desunidos: católicos, protestantes, ortodoxos orientales... Es más lo que nos une que lo que nos separa, pero no hay voluntad de unión. La unidad que Pablo nos pide en nombre de Cristo es el lazo en la convivencia y en el compromiso por el Evangelio. Por desgracia, la Palabra de Jesús, signo siempre de unidad, de igualdad y fraternidad entre los hombres, provoca el enfrentamiento en sectores autoritarios y elitistas de este mundo.

Por consiguiente, si uno es Cristo, el Señor de la Iglesia, una ha de ser la Iglesia y no es legítimo desmembrarla. Lo mismo que la cabeza reúne la pluralidad de miembros y los gobierna dejando a cada uno su función en beneficio de todo el cuerpo, así hace Cristo con su Iglesia. Hemos sido bautizados en nombre de Cristo y en su nombre nos reunimos. Él es el único que ha muerto por nosotros.

La Palabra de Dios nos exhorta hoy a convertirnos al único que es la Luz, la Paz, el Camino y la Verdad: Cristo Jesús. La conversión a Cristo es el único camino de la unidad. En esta carta, San Pablo advierte con gravedad que la división es una contradicción fundamental del cristiano y la negación misma de la Iglesia. Creer unidos y realizar la unidad por el bautismo y la liberación por el mismo Cristo Crucificado es la unanimidad que hay que conseguir y mantener.

El evangelio según San Mateo nos trae el comienzo del ministerio de Cristo en Galilea, según la voluntad del Padre. Allí, se retira, estableciendo en Cafarnaún el centro de su actividad. El trasladarse Jesús a Galilea indica, para Mateo, el cumplimiento de la gran profecía mesiánica de Isaías. Jesús es la luz que brilla en las tinieblas. Este territorio desilusionado y decaído recibe de Jesús la ilusión y la esperanza, al presentarle y llevarle el Reino de Dios, la vieja alternativa, que Israel había alimentado en los remotos días de los Jueces y había mantenido viva en la alegría de su vida, porque Yahvé era el centro nuclear de su quehacer histórico.

En ese ambiente religioso, Jesús llega y predica un cambio radical de categorías y pensamiento. La novedad empieza ya a manifestarse en el seguimiento de Jesús. "Ven y sígueme" es la invitación de Jesús a sus discípulos que resuena desde las orillas del lago. Pedro, Santiago, Juan y todos ellos, al ser llamados, lo dejaron todo y, sin dilación lo siguieron. Y, al hacerlo, adoptaban la función social de "ser pescadores de hombres". Hoy, Jesús continúa llamando a los hombres: Venid y seguidme.

"Y al instante le siguieron". La llamada de Dios llega a los hombres en su entorno corriente, en cualquier momento, simplemente en el paisaje del lago y el fondo de las duras tareas cotidianas. Relata dos escenas paralelas; el encuentro con Pedro y Andrés, y, luego, "yendo más adelante", llama a Santiago y a Juan. La repetición le permite al evangelista insistir en lo que le interesa, que es señalar los rasgos esenciales que definen la figura del discípulo.

La iniciativa es de Jesús: los vio, les dijo, los llamó; no es el hombre el que se hace discípulo, sino Jesús quien transforma al hombre. El discípulo no es llamado, para asimilar una doctrina, sino para solidarizarse con el Maestro y su misión. La cuestión primera está en la adhesión a Jesucristo. El seguimiento de Jesús exige un profundo desprendimiento. En las llamadas antedichas, aunque se cuentan siguiendo la misma estructura y vocabulario sustancialmente idéntico, sin embargo, contienen una diferencia notable; en el primer relato se dice que dejaron "las redes"; en el segundo, que dejaron "la barca y al padre". Dejan desde el oficio a la familia. El oficio representa la seguridad y la identidad social; el padre, las raíces de uno.

El seguimiento es un camino. La llamada de Jesús, la vocación conlleva dos actos necesarios: dejar y seguir, que indican un desplazamiento del centro de la vida. La vocación de Jesús no instala en un estado, sino en un camino, para emprender una misión. El

discípulo se entronca en comunión con Cristo, "seguidme" y en una función a cumplir en el mundo, "os haré pescadores de hombres". El discipulado supone ser, como Jesús, testigo del Reino de Dios. También, muchos seguirán a Jesús, pero el propio mensaje del Maestro les hará ver que ser discípulo significa renunciar a todo, olvidarse de sí mismo, cargar con la propia cruz y seguirlo (cfr. 16,24).

Mateo señala la intención universalista ya en la primera aparición de Jesús. Al iniciar su misión, Cristo se encuentra en el papel de rabí predicando el mensaje de conversión, decidido a llevar su mensaje, si no a los paganos, al menos a unos judíos implicados en las tinieblas del paganismo, pues la región tenía una gran cantidad de población pagana. Sus contemporáneos creían que el Reino sería tan sólo anunciado a los judíos puros. Pero, Jesús quiere que su predicación alcance a todo el mundo, a todo los hombres en cualquier situación. Cristo es consciente del universalismo de su mensaje.

"Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos". Su llegada libera a los hombres de la esclavitud del pecado. El reinado de Dios ha comenzado ya con Jesucristo, que ha venido al mundo para cumplir la voluntad del Padre. Cuando Dios sea "todo en todos" (1Cor 15,27ss), al fin de los tiempos, el Reinado de Dios llegará a su plenitud y se cumplirán todas las promesas mesiánicas, habrá paz y justicia y Dios reconciliará todas las cosas en la sangre de su Hijo. Mientras tanto, la Iglesia es la señal de que su Reinado ya ha comenzado y está en curso.

El Reino de Dios o de los cielos, expresión ya existente en el pueblo de Israel, se contrapone a todos los demás reinos o poderes humanos que pretenden un dominio total sobre el pueblo de Israel y expresa el ferviente deseo de que Yahvé reine.

Camilo Valverde Mudarra